

los márgenes del camino, resultado acaso de la ansiedad por abarcar todas las formas posibles de comunicarse con el que observa.

Al conocer varias piezas de los años 70, 80 y aún posteriores, me vinieron a la mente, por asimilarle con alguna tendencia conocida de “allá”, algunas obras de los catalanes Cuixart y Tharrats, artistas que en la España de los cincuenta y sesenta desarrollaron un expresionismo -a veces en la linde con el surrealismo puro -tan pintoresco y colorista como desgarrado oscilando todo el tiempo entre la figuración deformada y una abstracción deshilachada, pero llena de efectos.

Oviedo participa también a mis ojos, cómo no, de esa exuberancia onírica tan propiamente latinoamericana donde la fantasía, o mejor dicho, la desmesura de la imaginación juguetea con lo grotesco -sin complejos- y tensa e hincha las imágenes hasta el límite, si es que hay uno.

No obstante, la última década de su trayectoria es otra cosa. Me atrevería a decir que es un período de esplendor en el que el camino de Oviedo ha llegado a algún sitio especial y único donde la primera lección que se extrae es, como dice Cecilia Armitano en el siguiente texto, que “pintar sigue siendo posible”. Nada más y nada menos en nuestros días.

De estas pinturas magníficas y casi irreproducibles -bien lo sabemos Antonio Ocaña y yo que, junto con los Pou, hemos violentado la vista escudriñando las fotografías y con los cuadros delante las increíbles mezclas de color en cualquier pequeño trozo de lienzo, para trasladarlas lo más fielmente posible a las imágenes de este catálogo; y ello por no hablar de los incontables accidentes en las superficies- y por tanto obras casi inexplorables para quien no pueda disfrutarlas cara a cara, emana realmente una vitalidad extraordinaria, asombrosa.

Tan asombrosa como la facilidad para dominar un amplísimo repertorio de recursos temáticos, estilísticos y sobre todo técnicos que Oviedo escoge y desarrolla como le place y como le viene en gana, porque no está sujeto ya a ninguna gravosa perturbación extra-pictórica, como en tantos momentos de su vida. Su destreza y sabiduría están ahí, evidentes y obvias. Respecto a eso y a lo demás, nada tiene que demostrar ya.

Se sabía bien que era un artista con largo “oficio” y logros. Quedaba quizá constatar, por si alguien guardaba atisbos de duda, que era un gran pintor dominicano, un pintor enorme diría yo, que a sus fértiles y activos 80 años recién cumplidos (ha celebrado